

Amos Oz

Hasta la muerte

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Amor tardío

1

Aún tengo dos o tres cosas que decir. El tiempo pasa.

¿Qué palabras utilizar?, esa es la gran pregunta. Por eso he callado hasta hoy. Es decir, no he callado exactamente: soy un veterano conferenciante de profesión, un conferenciante ambulante del Comité Ejecutivo, un hombre de cultura. Lo cual significa que utilizo mucho las palabras. Y a pesar de todo, aún tengo dos o tres cosas que arrancar del silencio. ¿Acaso no he visto los confines de los espacios tranquilos?

Comenzaré declarando lo siguiente: soy un viejo conferenciante, ridículo y prescindible, absolutamente prescindible, es decir, prescindible por completo y desde cualquier punto de vista. A menudo, con mi sola presencia altero a la gente. Por ejemplo, cuando entro para algún asunto en la Secretaría de Cultura o en la Oficina Central de los kibbutz, hasta las mecanógrafas se lanzan de inmediato sobre las máquinas de escribir, por si se me ocurre ponerme a hablar con ellas. Hasta ese punto. Lo sé: no es fácil soportarme.

No tengo ningún tipo de relaciones. No me refiero precisamente a las mujeres, la palabra relaciones puede llevar a pensar algo así, relaciones de cualquier tipo

con una mujer no las he tenido desde la época del Mandato. No, estoy hablando de relaciones en general: no tengo ningún tipo de relaciones. Y es que, cuando me hablan, normalmente no escucho. Y, cuando yo hablo, los demás escuchan solo a medias o no escuchan.

Y eso que, por naturaleza, hablo mucho.

Es como si yo fuera, supongamos, el único marinero sobre una balsa en medio del mar. No hay nadie, no hay gaviotas, no hay viento, la corriente es muy silenciosa, hasta el agua parece congelada. Así me encuentro, solo.

Por cierto, debo señalarlo claramente, la balsa se está desintegrando: pronto moriré. Digo esto con absoluta calma, porque considero la muerte un asunto casi anecdótico, un acontecimiento casual y burdo, una especie de truco barato. ¿Acaso no he visto los confines de los grandes espacios?

¿Es que soy indiferente a mi propia muerte? No, no es una cuestión de indiferencia, sino de una especie de distancia, de una especie de telón que es muy difícil explicar con palabras.

Yo digo que en el fondo las palabras son un mal asunto. Pero, por otra parte, el grito o la risa no encajan, quiero decir que no van con mi temperamento.

Tal vez sea mejor entrar un poco en detalles: llevo ya diez años con la presión arterial tan alterada que mi vida corre peligro. Hace dos años me extirparon del estómago un pequeño tumor y mis evacuaciones aún conllevan horribles tormentos. También soy un gordo que sigue engordando sin parar y que fuma sin medida un cigarro tras otro. Todo eso va devastando mi cuerpo. Y me parezco a uno de esos judíos de los chistes, a ese ju-

dío que está fumando tranquilamente en un avión que cae en picado porque el avión no es de su propiedad.

A veces, en momentos inesperados, soy capaz de oír o sentir dentro de mi cabeza una especie de susurro, de chirrido, como el de unos sigilosos neumáticos sobre una carretera mojada: sssss. Y mientras tanto, por fuera, mis cabellos blancos se van cayendo. Asimismo, incluso en los días calurosos, me entran como escalofríos. Y así me voy desintegrando, pero sin prestar mucha atención. ¡Por favor!: ¿acaso mi atención no se está desintegrando?

Para casos extremos en los que uno de esos dolores se adhiere a mí con excesiva fuerza, tengo una colección multicolor de píldoras y pastillas que distintos médicos de distintas especialidades me han ido recetando a lo largo de los años. Siempre llevo en los bolsillos de la chaqueta varias cajas. Si aparece un dolor y se empeña en interrumpir mi trabajo, me tomo dos o tres pastillas, las que sean. Y si no sirve de nada, yo, por mi cuenta, me tomo otra más. Por cierto, siempre existe la posibilidad de aturdir cualquier dolor con varias copas de coñac.

Lo que ocurre es que la bebida dispersa mis ideas y yo me preocupo mucho por mis ideas. Además, al final puedo llegar a la euforia, algo que, por principio, va en contra de mi temperamento y, por tanto, también me perturba.

Asimismo, mis dientes están podridos. Mejor dicho, no son los dientes sino las muelas. Sé que mi boca desprende mal aliento. Debo permanecer siempre a distancia. La gente no consigue ocultar sus náuseas, y tampoco se esfuerza lo más mínimo. También a mí me produce náuseas.